

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

LAS BIENAVENTURANZAS

Ponente: Rev. A. T. Vergunst

LECCIÓN 6:
BIENAVENTURADOS
LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo A. T. Vergunst es ministro del evangelio en la Congregación Reformada de Carterton, Nueva Zelanda, una congregación perteneciente a las Congregaciones Reformadas de Nueva Zelanda.

www.rcnz.org

LAS BIENAVENTURANZAS

10 LECCIONES

por el Rev. A. T. Vergunst

1. Introducción general al Sermón del Monte
2. Introducción general a las bienaventuranzas
3. Bienaventurados los pobres en espíritu
4. Bienaventurados los que lloran
5. Bienaventurados los mansos
- 6. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia**
7. Bienaventurados los misericordiosos
8. Bienaventurados los de limpio corazón
9. Bienaventurados los pacificadores
10. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia

6 LECCIÓN

BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA

Las bienaventuranzas que el Señor Jesús pronunció al comienzo de su bien conocido Sermón del Monte siguen siendo una de las partes más confrontantes y reconfortantes de la Biblia. En las bienaventuranzas, es el mismo Señor de la gloria quien describe ciertos tipos de personas y las llama «bienaventuradas» siete veces. Esto no es poca cosa. Escuchar al Señor Jesús declararnos bienaventurados aun cuando sentimos lo contrario en nuestra propia experiencia, es una perla de gran consuelo. Sin embargo, la enseñanza de las bienaventuranzas también es confrontadora, ya que muestra claramente que un cristiano no se conoce por lo que sabe, dice o hace, sino por lo que es ante Dios y ante los hombres.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 6:

Bienvenidos, queridos amigos, a nuestra sexta sección en el estudio de las bienaventuranzas. Que el Espíritu de Dios continúe guiándonos, así como consolándonos o convenciéndonos, mientras escuchamos la enseñanza de Jesús en esta porción de las Escrituras.

Permíteme comenzar con un hecho bien establecido que se ilustra a lo largo de toda la historia del mundo, y es que el cristianismo no es la única religión en nuestro mundo. Con la religión, es casi lo mismo que con los automóviles. Hay muchos modelos de autos, y así también hay muchos modelos diferentes de religión. Ahora, volviendo a los carros, no importa qué modelo de carro tengas, no importa cuán simple o cuán lujoso sea, es cierto que todos los autos son en realidad muy similares entre sí. Todos tienen ruedas y ejes. Tienen un motor y un volante, y, mientras hablo, todos, o al menos la mayoría, todavía necesitan que una persona los conduzca.

Ahora, así es también con la religión. En la religión, todos adoran a un dios, a algún ser superior; todos se adhieren a ciertos estándares o códigos morales. La mayoría está ocupada buscando una respuesta a la pregunta planteada en Job 9 versículo 2: «¿Y cómo se justificará el hombre con Dios?»

Pero entre todas estas religiones, el cristianismo no solo es único, sino que es categóricamente exclusivo al afirmar que tanto sus respuestas como sus principios morales son las únicas verdaderas. Escucha a Jesús cuando lo dice en una sola frase: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» Juan 14 versículo 6. Ahora, si lees eso fiel y cuidadosamente, verás que Él dice que no hay otro camino para acercarse a Dios y ser reconciliado con Dios sino por medio de Él. Eso es exclusivo, y categórico.

Ahora bien, Jesús también enseñó que, no importa lo que digas, o lo que hagas, o lo que des, nada tiene valor si no se hace con caridad. Él tiene un estándar increíblemente alto respecto a esta caridad, como puedes encontrar en 1 Corintios 13 versículos 1 al 3. Ahora bien, la caridad es amor, pero es un amor que no se basa en la calidad de lo que se ama. La caridad es el ejercicio del amor como resultado de una decisión deliberada de amar, aun cuando el objeto que tú amas no es digno ni atractivo.

Aunque realmente desearía explorar el tema de la caridad —esta alta cualidad moral del cristianismo— necesito dejarlo de lado; necesito enfocarme en la pregunta de por qué Jesús reclama exclusividad entre todas las variedades de religiones. ¿Por qué es Él el único nombre, la única persona «bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos», como Pedro afirmó acerca de Jesús en Hechos 4 versículo 12?

Ahora, la respuesta a esta pregunta nos lleva a la cuarta bienaventuranza en el Sermón del Monte: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia». En la lección anterior, llamé tu atención al hecho de que las siete bienaventuranzas de Jesús están cuidadosamente estructuradas. Recordarás, espero, que las comparé con una persona con una caja torácica de seis costillas, con un esternón que conecta en el medio —la cuarta [bienaventuranza]— y luego tres a cada lado.

Pero permíteme agregar otra imagen mental, y esta es la imagen de un árbol frutal. Las tres primeras bienaventuranzas pueden compararse con las raíces que alimentan el tronco: los pobres, los que lloran, los mansos. El segundo conjunto de tres son las ramas que dan fruto y que salen del tronco. Eso hace que la cuarta bienaventuranza sea el tronco enorme y sólido del árbol. Esa es la imagen que me gustaría que tengas en mente al considerar esta cuarta.

Déjame expandir, extender un poco más esa imagen del árbol. (1) La conciencia de mi pobreza espiritual —la primera bienaventuranza—; (2) el sentir de mi dolor por ese pecado —la segunda—; y (3) un sentido de mansedumbre al ver la majestad y la justicia de Dios, despiertan en nosotros un hambre y una sed de salvación, de una solución. Esa salvación se provee en la palabra «justicia», y está en la justicia de Jesús.

Así entonces, el segundo conjunto de tres bienaventuranzas (la quinta, la sexta y la séptima) son las ramas que dan fruto y que crecen a partir de la cuarta. A medida que veo y saboreo la salvación en la justicia de Jesús, eso lleva al florecimiento de una vida de justicia que se expresa en un amor devocional a Dios y a mi prójimo. Jesús bosqueja estos tres aspectos de devoción en ser misericordioso, en ser limpio de corazón, y en ser pacificador.

De modo que, al examinar este cuarto signo vital del alma espiritualmente regenerada, buscaremos la respuesta a dos preguntas básicas que ya hemos planteado en las bienaventuranzas anteriores. Las preguntas son: ¿qué significa exactamente tener hambre y sed de justicia? Y segundo, ¿qué significa que esta bienaventuranza esté unida a esto, a esa hambre y a esa sed: «porque ellos serán saciados»?

1. ¿Qué significa tener hambre y sed de justicia?

Entonces, una vez más, ¿cuál es el significado exacto de esta hambre y sed de justicia que el Señor Jesús proclama aquí? Como ya hemos visto antes, Jesús no te llamó bienaventurado simplemente porque eras pobre, o simplemente porque estabas triste; y aquí tampoco, no es

simplemente porque tienes hambre o sed. De hecho, todos estamos ya en esa condición. Todos anhelamos con hambre y con sed una satisfacción. Tenemos hambre y sed por una felicidad que a menudo se pierde y se nos escapa. Todos anhelamos, no importa quién seas, una seguridad firme en la vida y en la muerte. Cada persona anhela un cumplimiento o una satisfacción de ese vacío interior que llevamos dentro. Deseamos ser como ese bebé que yace contento en los brazos de su madre con una sensación de paz. Anhelamos eso, tenemos hambre de eso. Y sin embargo, para satisfacer esa hambre que hay en todos nosotros, la mayoría de los hombres buscan religiosamente algo o a alguien que responda a nuestra necesidad interior o que apague esta sed abrasadora.

En Isaías 55 versículo 2, Dios se dirige a esa humanidad cuando pregunta: «¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan?» Eso no te alimenta realmente. ¿Por qué «trabajáis [y trabajáis] en lo que no sacia»? Ahora bien, las formas en que nos esforzamos y sudamos para alcanzar satisfacción, por supuesto, varían mucho de una persona a otra. Algunas personas buscan esa satisfacción en las ganancias materiales, pero tales ganancias nunca te abrazarán cuando estás solo. No te consolarán cuando estés en dolor; toda esa ganancia material no puede comprarte la felicidad, y no servirá para evitar la muerte.

Ahora, otros toman una dirección distinta para lidiar con ese vacío interior. Se esfuerzan intensamente por deshacerse de la idea de Dios. Les gusta vivir como si Él no existiera, ya sea porque no podemos entenderlo: «hay demasiadas contradicciones», o porque lo vemos como un juego mental inútil, o simplemente porque Dios no encaja en nuestro estilo de vida. Sin embargo, la mayoría de los hombres se vuelven religiosos, y se fuerzan a sí mismos en todo tipo de ejercicios religiosos que son aburridos o a menudo molestos, o poco emocionantes, o incluso esclavizantes. Tristemente, a veces incluso se vuelven crueles o violentos, todo con un solo propósito: de alguna manera encontrar la salvación, de alguna manera asegurar la paz, tal vez de alguna manera escapar del temor a la muerte y al infierno, o de alguna manera silenciar la conciencia que los acusa. Hacemos todo eso para asegurarnos el favor de Dios.

En todos estos casos, sigue siendo cierto: no es pan verdadero que nos alimente. Todos los trabajos, todos los logros, todos los éxitos, todas las adquisiciones no satisfacen verdaderamente. Aún permanece un vacío interior o una inquietud. ¿Por qué es así? Porque ninguna de esas búsquedas nos provee lo que solo Jesús puede darnos (y lo que perdimos en nuestra caída), y esa es la palabra «justicia» de la que él habla. Por lo tanto, la bienaventuranza de la que Jesús habla no consiste solo en tener hambre o tener sed —todos tenemos eso— sino que la bienaventuranza está en el objeto de esa hambre y sed: la justicia.

Entonces, ¿qué quiso decir Jesús con justicia? El término «justicia» es una palabra clave en la Biblia. Se menciona más de 280 veces. La primera vez que aparece es en Génesis capítulo 15, versículo 6, en relación con Abraham. Allí leemos: «Y creyó [Abraham] a Jehová, y le fue contado por justicia». Otro pasaje donde encontramos esta palabra «justicia» es un salmo de David —el Salmo 31 versículo 1— donde David oró: «En ti, oh Jehová, he confiado [eres mi refugio]; no sea yo confundido jamás; [y nota esto:] líbrame en tu justicia». Él aparta la vista de sí mismo. En el Salmo 71 versículo 16 hizo lo mismo cuando dice: «...haré memoria de tu justicia, de la tuya sola», no de la suya propia.

Así que el Antiguo Testamento ya habla de esta palabra «justicia», y eso se prolonga en el Nuevo Testamento. Pero, ¿qué significa realmente esta palabra? «Justicia». Mi definición favorita es una muy sencilla. Significa ser justo y hacer lo justo. Primero, ser justo significa que seré la

persona justa dentro de mi corazón. Tengo la condición justa en mi corazón. Ser justo significa que encuentro dentro de mí pensamientos, motivos, deseos, imaginaciones o capacidades que son justas según el estándar de Dios.

Así que, además de ser justo, está el hacer lo justo. Hacer lo justo significa que haría todas las cosas justas: que uso mis palabras, que realizo acciones o reacciones, otra vez según el estándar de la ley de Dios. Ser justo y hacer lo justo pueden, por lo tanto, resumirse con otra palabra clave que es muy parecida: la palabra «obediencia». Sin embargo, piensa en las palabras justicia y obediencia como palabras similares. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia —de obediencia—. Para ponerlo en perspectiva e ilustrar lo que Jesús está enseñando en esta bienaventuranza, déjame preguntarte cómo completarías esta afirmación: Así como el agua es a las nubes, así como el calor es al sol, así también la felicidad es a ¿qué? La respuesta es: obediencia. La felicidad es a obediencia, obediencia a la ley de amar devocionalmente a Dios y a mi prójimo.

Y una vez que ves cómo la felicidad y la obediencia —o justicia— están casadas, entiendes la razón más profunda de la profunda infelicidad o insatisfacción que se encuentra en nosotros los seres humanos. Si ves esta conexión entre felicidad y obediencia, entiendes por qué Jesús llama bienaventurados a los que han aprendido a tener hambre y sed, no de dinero, bienes, estatus, posición, sino de justicia, de obediencia. La palabra «satisfacción» está relacionada con esto. En la mayoría de nuestras mentes, la palabra satisfacción se define como «tener suficiente». Interesantemente, en la raíz latina de esa palabra, satisfacción no significa «tener suficiente», sino «hacer lo suficiente», y este pequeño dato del estuio del lenguaje es clave para entender la cuarta bienaventuranza.

Alguien que tiene hambre y sed no está satisfecho. ¿Cuándo se sentirá satisfecho? No cuando tenga suficiente, sino cuando haga lo suficiente, cuando haga lo suficiente para responder al propósito original para el cual fuimos creados: glorificar a Dios, amarlo, servirlo y servir a nuestros semejantes con amor devocional. Ese «hacer lo suficiente» es ser justo y hacer lo justo; ese «hacer lo suficiente» es justicia, y es la clave para la verdadera felicidad. Para decirlo de otra manera, solo cuando viva en justicia perfecta delante de Dios y con todos mis semejantes, volveré a experimentar lo que era el paraíso antes de que el pecado lo destruyera.

¿Puedes ver ahora cuán profundamente arraigado está nuestro problema? ¿Puedes ver que, ya que somos espiritualmente pobres, estamos desamparados o en bancarrota en cuanto a ser justos y hacer lo justo, que estamos perdidos, que estamos condenados a una vida que nunca, nunca satisfará? ¿Por qué? Porque no somos justos. No podemos ser justos o, para decirlo más simple, no puedo ser ni puedo hacer lo que es justo ante los ojos de Dios.

Ahora bien, eso nos lleva de regreso a la cuarta bienaventuranza. ¿Qué significa que alguien tenga hambre y sed de justicia? Significa, evidentemente, que esta persona no encuentra la justicia dentro de sí misma. Tú sabes que tienes hambre y sed cuando tu estómago está vacío. No puedes llenarlo contigo mismo, necesitas algo fuera de ti. Así que la persona que Jesús está describiendo aquí como bienaventurada es una persona que tiene hambre y sed de justicia que obviamente no posee. No la encuentra en sí mismo. Tampoco puede producirla. No puedes llenar tu propio estómago contigo mismo.

Pero, ¿intentó esta persona ser justa y hacer lo justo por sí misma al principio? Bueno, sin duda, todos hacemos eso al principio. Una vez que descubrimos que no somos lo que deberíamos ser, ni hacemos lo que deberíamos hacer, tratamos de pulirnos a nosotros mismos.

Intentamos cambiarnos, intentamos hacernos aceptables ante Dios por medio de nuestro hacer o de nuestro dejar de hacer, por nuestro pensar, por nuestro ser interior.

Sin embargo, cuando el Espíritu Santo abre tus ojos, aprendes lo que dice la Escritura en otra parte: que lo mejor de nosotros sigue siendo inmundicia ante los ojos de Dios (Isaías 64:6). Y, ¿por qué? Porque Dios mira más profundo que solo el exterior. Él ve que no alcanzamos la perfección que hay en Dios, y que una vez fuimos capaces de amar en perfección. Ese descubrimiento, que todo queda corto de la justicia perfecta, crea este intenso hambre y sed.

2. ¿Por qué es una bendición tener esta hambre y sed de justicia?

Entonces, en segundo lugar, ¿por qué es una bendición experimentar este tipo de hambre y sed de justicia? Esa pregunta es aún más urgente cuando llegamos a ver el significado de las palabras originales en griego para hambre y sed. Jesús no está describiendo aquí un apetito o una sed normal y saludable. No, la palabra hambre se refiere a un hambre dolorosa. Y la palabra sed, a una sed abrasadora. Esas son las palabras que Él describe aquí. Entonces, ¿por qué llamarías a esa condición bienaventurada?

Otra vez, como en ocasiones anteriores, esta clase de hambre y sed de justicia no es un deseo natural. Como en todas las bienaventuranzas, otra vez, esta hambre y esta sed de justicia es un fruto de la obra salvadora del Espíritu. Pero, en segundo lugar, esta hambre y esta sed de justicia es usada por el Espíritu Santo para conducirnos a Jesucristo.

Preguntémonos por un momento: ¿Quién es Jesucristo? Te invito que escuches la respuesta en Jeremías 23 versículo 6, donde dice que Él es «JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA». Ese pasaje habla proféticamente del Señor Jesucristo como el Señor, nuestra justicia. Cuando Jesús nació, fue sin pecado. Cuando vivió su vida —como puedes ver en las biografías de la Biblia—, vivió una vida sin pecado. Fue continuamente declarado inocente. En otras palabras, era justo (sin pecado), e hizo lo justo. Él es el justo, el único. En Él, Dios el Padre proveyó un Salvador perfecto, exactamente adecuado a lo que necesitamos.

Amigos, lo que Dios requiere de nosotros —ser justos y hacer lo justo— lo proveyó en Jesús, nuestra justicia. Para decirlo con sencillez: en Jesucristo, Dios nos proveyó el suficiente *ser* y el suficiente *hacer*. Jesús hizo lo suficiente en su vida para proveer la obediencia requerida para vivir con Dios para siempre. Jesús hizo lo suficiente en su sufrimiento y en su muerte para proveer la obediencia requerida que pagaría el precio del rescate que le debemos a Dios. O como J. C. Ryle lo expresó en una brillante y breve frase: «Nuestra salvación está en la obra y en la muerte de Jesús, y en ambas, él hizo lo suficiente»; y sobre la base de su justicia, podemos ser reconciliados con Dios y recibidos en el abrazo eterno de Dios, sin que Él tenga que rebajar jamás sus estándares de justicia y santidad.

Ahora bien, ¿puedes ver cómo este hambre y esta sed por Jesucristo es como el latido del corazón de la nueva criatura? Amigos, es bueno tener un sentido de nuestra pobreza espiritual. Es bueno humillarse por ello. Es completamente apropiado llorar por tus pecados al ver la pérdida que has causado. También es correcto ser manso ante Dios. Pero ni la pobreza, ni la tristeza, ni la mansedumbre te salvarán; no pagan la culpa por haber quebrantado la ley. No restauran el honor de Dios. No borran la culpa. No satisfacen el cargo contra nosotros de la

justicia santa. Es solamente la justicia de Jesucristo, recibida por la fe, que te justificará ante Dios. Bienaventurado es el que tiene hambre y sed de la justicia provista y revelada en Jesucristo.

Asegúrate de oír bien lo que Jesús dice. Aun si tu fe no llega en este momento más lejos que un hambre y una sed por la justicia que se halla en Jesucristo, ya eres bienaventurado. Y eso me lleva a la tercera y última razón por la cual Él te llama bienaventurado: «porque ellos serán saciados». Tu hambre y tu sed de justicia no permanecerán para siempre, «ellos serán saciados».

Las palabras originales de Jesús en el griego son nuevamente muy enfáticas. Él dice que serán completamente saciados o saturados. Eso significa que cada necesidad que ahora sentimos por no ser justos será suplida; cada dolor de hambre por justicia será saciado. Toda nuestra injusticia, toda nuestra ineptitud, será cubierta ante los ojos de Dios por la justicia de Jesús, como un vestido cubre mi cuerpo. Toda nuestra injusticia, toda carencia de ser justos y de hacer lo justo, será completamente removida, porque todos seremos hechos semejantes a Jesucristo, el justo.

El Salmo 89 versículos 15 y 16 expresa de manera brillante esta promesa en otra bienaventuranza. Aquí está: «Bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte —que oye este evangelio y lo cree— andará, oh Jehová, a la luz de tu rostro [eso significa «en tu favor»]. En tu nombre [el nombre de Jesús] se alegrará todo el día». Y luego viene esto: «y en tu justicia [la justicia de Jesús, al haber hecho Jesús lo suficiente] será enaltecido». «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán saciados».

Conclusión

Tengo un par de preguntas para concluir. ¿Conoces este tipo de hambre y sed? Me refiero a esta hambre y sed de justicia, de ser como Jesús, de ser conformado a la imagen de Dios. Si es así, eres un hombre o una mujer bienaventurado.

Ahora bien, ¿esta falta de justicia que no puedes hallar en ti mismo te está trayendo un cierto sentido de desesperación respecto de ti mismo y de tu auto-salvación? ¡Cuán bienaventurado eres si eso te lleva a mirar y a depender solamente de Jesucristo!

Y en tercer lugar, ¿ha comenzado el Espíritu a abrir tu mente al evangelio de Jesús, de que en él Dios nos provee la justicia y la obediencia que necesitamos? ¡Cuán bienaventurado eres, porque si Dios ha creado en ti esta hambre y esta sed de Jesucristo y de Él, la justicia, Él ciertamente te saciará! Así lo ha prometido.

Que Dios bendiga este mensaje y, una vez más, nos haga una bendición para otros al compartir su gloriosa verdad. Gracias.

Esperamos que esta lección haya sido instructiva y una bendición para ti. Por favor acompáñanos en nuestra próxima lección, en la que estudiaremos la quinta bienaventuranza: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».